

Dos fantasmas de una galería de poetas

Pável Granados

La ciudad de México se ha convertido para mí más en una referencia literaria que en un aspecto de la vida, pues tiendo al ensimismamiento y a la reclusión. Y disfruto los momentos en que puedo vagar por las calles y reconocer algún punto en contacto con otra época. Esto quizá se deba a que de algún modo prefiero tener un asidero que me ancle y me impida ser llevado por el devenir vertiginoso de la ciudad actual. Digo esto antes de hablar de la ciudad de México porque quiero marcar una distancia con los otros, porque siendo lector de los grandes cronistas, no pretendo igualarlos, ni siquiera imitarlos. En las páginas de Guillermo Prieto hay descripciones precisas, de una ironía que no alcanza a separarse del todo de sus objetos de estudio. De algún modo está dentro de su mundo, habla el español que ahora nos suena críptico con soltura, nada como pez en el agua, como pez en los canales de Santa Anita, como pez en los canales que antiguamente llegaban casi hasta el Zócalo, hasta la calle de Regina, y como pez que saca los ojos del agua y mira los hechos directamente. La ciudad es su agua natural. Y por eso, el incendio del Parián, aquel mercado que ocupaba la cuarta parte de la Plaza de la Constitución a principios del siglo XIX, es tan verosímil, aun cuando el propio Guillermo Prieto no lo haya presenciado. Es una práctica común en nuestros cronistas, la de sumergirse en el pasado y revivirlo. Escribir de la ciudad de México (y casi siempre, del Centro Histórico) consiste en rondarla y en crear el paisaje idóneo para la deambulación. Artemio de Valle Arizpe salía a pasear entre Virreyes, o eso parecía, y en sus obras describe las calles dieciochescas, el Zócalo entre inmundicias, los puentes derruidos y el abandono de la arquitectura. Leer la obra de los antiguos cronistas es reconstruir la ciudad de México, sacarla

de entre sus ruinas, construir mentalmente las ruinas de otros siglos. Es cierto que hablar de la ciudad es deambular, en mi caso es deambular en círculos, recorrer mis mismas palabras y volver sobre los mismos pasos, porque digo más o menos lo mismo, vuelvo a los mismos pasajes a contar las mismas historias, es cierto que lo hago con la esperanza de encontrar distintas cosas. Como si al volver y repetir la misma historia, un detalle se me hubiera escapado. Pero generalmente, vuelvo para saber si puedo establecer una relación con otro periodo, con otros personajes. Tiendo a pensar que se puede armar el pasado como un enorme rompecabezas, como si el pasado no se moviera. Pero se mueve. Si se detiene por un instantes, se desmorona. Ése es verdaderamente el problema. Que el pasado no se fije. Si existe una idea preconcebida, se destruye, deja funcionar la maquinaria que nos mueve. Esto sonará tal vez a la nostalgia, a la nostalgia vista como motor. Pero es que también hay un gozo que consiste en saber una historia, en poseerla y en reconstruirla. Pero es que reconstruir un pasaje es olvidar los otros. Voy a poner un ejemplo, para no caminar en mi propia neblina de palabras y voy a citar a Guillermo Prieto: “Hagamos que dé su grito de *presente*, en esta revista, Ignacio Rodríguez Galván. Era nativo de Tizayuca, poblacho del rumbo de Pachuca, dotado de tres monumentos que, si no le daban celebridad alguna, le valieron el nombre y los honores de pueblo. Estos tres monumentos eran una iglesia que servía a las mil maravillas para esquilmar y embrutecer a los indios. Tenía tienda en que el chinguirito hacía el principal papel y las atarrias y aparejos figuraban entre los comestibles; y una pileta con agua salobre para gentes y bestias, a la que llegaban ansiosas, y se retiraban haciendo gestos los consumidores. El aspecto de Ignacio era de indio puro, alto, de ancho busto y piernas delgadas no muy rectas, cabello negro y lacio que caía sobre una frente no levantada pero llena y saliente; tosca nariz, pómulos carnudos, boca grande y unos ojos negros un tanto parecidos a los de los chinos. Era Ignacio

retraído y encogido, y solía interrumpir su silencio meditabundo con arranques bruscos y risas destempladas y estrepitosas.” Llegó a la ciudad de México y encontró trabajo en la tienda de su tío, Mariano Galván, el editor del célebre Calendario. La librería Galván que estuvo en el portal de los Agustinos, en la esquina sur-poniente del Zócalo, y en donde se encuentra hoy una zapatería. Hace mucho que el portal desapareció, hace mucho que el fantasma de Rodríguez Galván dejó de caminar por esas calles. Calles en las que caminó hacia el Colegio de San Juan de Letrán, y en donde leyó al inglés Edward Young (1683-1765), el poeta que escribió largamente a la noche, a los panteones y lleno de unas inmotivadas ganas de ponerse triste. Tengo por ahí *Las noches* en cuatro volúmenes, editado en 1833; en la portadilla se dice que el libro se vende en el Portal de los Agustinos. La ciudad de México se pobló de poetas younguianos, de noches tristes, de cementerios abandonados sólo frecuentados por poetas melancólicos. Young perdió en un solo mes a su mejor amigo, a su esposa y a su hija, por lo que se sumergió en el dolor nocturno –no muy convincente para las siguientes generaciones de lectores. Pero sí para Rodríguez Galván: él invocó al fantasma de Cuauhtémoc –y al que llama Guatímoc– en el sombrío Chapultepec. Escribió el poema *La profecía de Guatímoc*, el ambiente es la noche y la antigua frondosidad de los árboles: “Los corpulentos árboles ancianos, / en cuya fuente siglos mil reposan, / sus canas venerables conmovían / de viento leve al delicado soplo / al aleteo de nocturno cuervo, / que tal vez descendiendo el vuelo rápido / rizaba con sus alas sacudidas / las cristalinas aguas de la alberca, / en donde se mecía blandamente / la imagen de las nubes retratadas / en su luciente espejo.” Es la imagen de una ciudad lejana, cubierta de varias capas de olvido. Olvido que de alguna manera preserva, ya que el pasado sigue latente allá abajo, esperando. Y yo quiero citar nuevamente a Guillermo Prieto, porque vuelve a Rodríguez Galván y a su vida en la ciudad de

México, en donde lo adoptó su tío, don Mariano, quien le dio trabajo en su librería, en donde descubrió los poetas europeos y las modas literarias: “Rodríguez se landó de bruces a la escuela romántica, y su vestido y su larga cabellera, su andar trágico y sus paseos solitarios, lo constituyeron en un tipo estrambótico de esa escuela. Sus gustos, sus modales, su conversación, se resentían de su pasión romántica; pasaba de las lágrimas a las risas, del heroico caballero al bufón, del trovador enamorado al rústico intolerante. Lamentaba, como el gemir de Satán, las roturas de sus zapatos; se quejaba, como Dido, de las distracciones de la lavandera, y las escaseces las veía como obras de su mal sino y como predestinación al infortunio y la desesperación.” No quiero abusar de las citas a Prieto. De todas maneras, no puedo, ya que Rodríguez Galván ocupa un sitio pequeño –aunque no modesto– pues murió a los 26 años, en Cuba, de paso en un viaje a Argentina. Igual que años después, Juventino Rosas, igualmente en Cuba, a los 26 años. Pero ese fantasma no será convocado en estas páginas. Tiene más similitud con Rodríguez Galván otro poeta, de Tequila, Jalisco, Miguel Othón Robledo (1894-1922). Robledo entró a trabajar al telégrafo a los 12 años; trabajando en Guadalajara, se enamoró de una compañera de trabajo, María de la Luz, pero ella, diez años más grande, no lo correspondió. Ahí comenzó un largo viaje sin destino, para olvidarla, por pueblos de Sinaloa, Sonora, Michoacán, Nuevo León, San Luis Potosí, Puebla y Campeche. Un escritor de entonces, José de Jesús Núñez y Domínguez, dice que durante la estancia de Robledo en Campeche fue ingresado al hospital “Manuel Campos”. El escritor Juan de Dios Bojórquez, que se encontraba trabajando en esa ciudad, acudió al llamado del poeta: “supo el señor Bojórquez que éste había emprendido el viaje a pie desde el puerto de Frontera, por toda la orilla del mar. Y esa caminata bajo los rayos del sol tropical y sin un centavo en el bolsillo, con todo género de privaciones y molestias, había dado al traste con la salud de Robledo”. Luego viajó por Belice, Cuba y los

Estados Unidos, pero a su regreso se enteró de que María de la Luz estaba a punto de casarse en Guadalajara, así que volvió a buscarla, para hablar con ella. Cuando tuvo la certeza de su matrimonio, se fue a la ciudad de México y “se dejó hundir”. Tenía un libro escrito, “La locura de la esfinge”, que no llegó a publicarse porque “en una noche de bohemia perdió los originales”. El periodista Roberto “El Diablo” Núñez y Domínguez: “No encontrando bello ningún medio de suicidio violento, prefirió que el veneno del alcohol lo fuera desligando poco a poco del trato de los hombres, hasta morir anónimamente en una sórdida sala de hospital.” Renato Leduc es quien más habla de él, fue su amigo y su compañero en esas cantinas del centro de la ciudad. Leduc lo recuerda así: “Miguel Othón Robledo era atrozmente feo, atrozmente poeta y atrozmente desventurado... Bajo de cuerpo, ancho de espaldas, en el rostro pétreo unos ojillos mongólicos y malignos, la nariz chata, la boca ancha que dejaba escapar a veces, entre los dientes menudos y separados una entrecortada risa de niño... ¡Ah, y su melena! Una melena luenga, lacia y muerta que, juntamente con sus sarcasmos, tremolaba orgullosamente por las cantinuchas de la Mariscal, Medinas y Santa María la Redonda.” Un día, un poeta bohemio, Jesús Villalpando (a quien López Velarde dedicó *La prima Águeda*) decidió casarse y abandonar la bohemia. Por eso Robledo se llamó a sí mismo “el último bohemio”, y escribió un artículo sobre Villalpando: “Mis debilidades las defiende con mi leyenda de honor y de hidalguía; mis pequeñeces, suplico que se me toleren, a condición de perdonar las de los demás. Eso es todo. Soy bohemio y nunca, en un artículo cobarde, me habré de despedir de la bohemia.” Se dedicó a tomar tequila (sólo comía pepinos) y a los 27 años ya tenía su salud destrozada. Arqueles Vela, que lo trató, escribió sobre él: “Su bohemia fue una verdadera bohemia. Una bohemia que no consistía en la absurda anulación de su yo consciente, en luengos cabellos y trajes descuidados. Su bohemia era una rebeldía acendrada que le impidió subir las escaleras

fáciles y torpes de la existencia. Ese fue su defecto. No pudo arrebañarse. Y por eso no triunfó. Él lo sabía y lo decía. Desdeñaba los pequeños laureles y despreciaba todo lo demás... Después no fue más que un histrión grotesco de su tragedia espiritual, que para representarla necesitaba de la inconsciencia.” Todos estaban conscientes de su próximo fin. Un día en que no tenía dinero, le dijo a sus amigos: “Vayan a *Revista de Revistas* y díganle a Núñez y Domínguez que me morí, y que mande dinero para mi entierro.” Sus amigos fueron, y con el dinero que mandó Núñez y Domínguez se fueron todos de farra. “Un día”, dijo, “se me ocurrió dormir encaramado en un árbol del jardín de San Fernando; venía yo cansado de las Trancas de Guerrero... Llegó un genízaro y desde abajo, me increpó: ‘Hey, ¿quién es usted...?, ¿qué hace allí...? Bájese o lo bajo...’ Yo, desde mi altura, le contesté con voz cavernosa: *Yo... soy un enorme pájaro que vuela cabizbajo / Si quiere volaré a otro árbol pero no me bajo.* Y el gendarme huyó despavorido...” Aunque muchos lo recordaban desde 1915 en las cantinas de la capital, sobre todo en la que se encontraba a un lado de la imprenta de su amigo Francisco Origel, en la Plaza de 2 de Abril, fue a partir del invierno de 1920 cuando muchos vieron su declive final, sobre todo después de escribir: “Ya en el otoño triste, me llego al destruido santuario desierto...” En febrero de 1922, se dirigió por su propio pie al Hospital General, en donde murió de una inflamación del riñón. El doctor Cayetano Andrade identificó el cuerpo del poeta sobre una plancha, momentos antes de que llevaran el cadáver a la fosa común. Sus amigos, que se encontraban en pleno carnaval, asistieron a velarlo disfrazados de arlequines y reyes. Robledo decía que en París la misma pobreza era dorada... Pero Leduc, que fue a conocer los cuartos en que vivieron Verlaine y Rimbaud, decía: “Pobre poeta Robledo, que no supo que la miseria era la misma en todos lados”. Robledo le escribió a su corbata este poema: “En capricho de pliegue deshecho, / a mi cuello macabra se enreda

/ y se extiende como alas de seda, / al desgaire y jovial, sobre el pecho. //
En un fúnebre hilado maltrecho, / que en la noche romántica y leda / se
perfuma de lirio y reseda, / al andar de la amada en acecho. // En la brusca
y ardiente querella / con la sangre viril se ha empapado; / muchos males de
olvido ha curado, // y al llegar a mi ocaso de estrella, / me hallarán una
noche, con ella, / de la rama de un árbol ahorcado.” Siempre he querido
escribir unas “Vidas de poetas”, un trenzado de anécdotas sin comienzo y
sin fin, como si sus vidas fueran una sola continuidad de historias, de
momentos de inspiración, y de momentos en que el poeta decide terminar
su obra. El poeta Rodríguez Galván que vivió las calles lúgubres de 1830 y
el poeta Robledo que murió en carnaval. Hay muchos más, fantasmas de
las calles del centro. Ahora ni siquiera los menciono. Pero si se cuentan sus
vidas, se formaría una sola historia desde principios de 1800 que terminaría
en un momento impreciso, ya que no sé cuándo un poeta comienza una
existencia literaria, la de las crónicas, que lo sitúan a medio camino entre la
presencia inmediata y la lejanía del olvido.